

Mujeres construyendo una economía de la vida

Athena Peralta
Consejo Mundial de Iglesias

La economía de la vida: más allá del mercado

Aunque la economía a menudo se reduce a lo que ocurre en el mercado —inversiones financieras, producción y compraventa de bienes y servicios—, en realidad es mucho más que eso. La economía de la vida abarca todo lo que sustenta el bienestar humano: las redes de cuidados, los sistemas naturales que sustentan la vida, los vínculos sociales y ecológicos que hacen prosperar a las comunidades. Es la economía la que satisface —o debería satisfacer— nuestras necesidades básicas y nos permite «vivir en plenitud». Es más rica, más profunda e infinitamente más maravillosa que el estrecho marco de los mercados y el dinero.

Lecciones de la pandemia: la visibilidad del cuidado

Casi parece surrealista que la pandemia de COVID-19 sea ahora un recuerdo lejano. Sin embargo, una de sus lecciones más perdurables es la constatación de que existe una economía del cuidado, todo un ámbito de trabajo esencial que hace posible el resto de actividades económicas. Cuando los confinamientos y las órdenes de permanecer en casa paralizaron la economía de mercado mundial, fue la economía del cuidado —limpiar, cocinar, criar a los hijos, atender a los enfermos y a los ancianos— la que se aceleró hasta alcanzar un ritmo casi frenético. Mientras las fábricas se detenían y las oficinas cerraban, los hogares se convirtieron en el centro de la vida y el trabajo de cuidado se convirtió en el pegamento que mantenía unida a la sociedad.

Pero este trabajo, por muy vital que sea, sigue siendo en gran medida invisible y no remunerado. A nivel mundial, las mujeres realizan tres veces más trabajo de cuidados no remunerado que los hombres (OIT, 2018). En la región de Asia y el Pacífico, las mujeres dedican más de cuatro veces más horas que los hombres a preparar comidas, ir a buscar agua, recoger leña y realizar tareas diarias esenciales. En Sri Lanka, por ejemplo, el 87 % de las mujeres y las niñas realizan tareas domésticas y de cuidados, frente a solo el 59,7 % de los hombres y los niños (Jayasekera, 2021).

Incluso cuando las mujeres tienen un empleo formal, siguen asumiendo la mayor parte de las responsabilidades domésticas y de cuidado, especialmente en tiempos de crisis. El resultado es una doble o incluso triple carga —trabajo asalariado (mal remunerado), trabajo doméstico (no remunerado) y trabajo emocional (no remunerado)— que agrava la desigualdad de género y el agotamiento.

Valorar lo que sustenta la vida

El trabajo de cuidados sustenta a los trabajadores, las familias y las comunidades cada día. Es una piedra angular de la economía de la vida y, sin él, la economía de mercado se derrumbaría. Sin embargo, los gobiernos y los economistas rara vez lo reconocen o lo miden. Oxfam (2020) estima de forma conservadora que el trabajo de cuidados no remunerado de las mujeres aporta 10,8 billones de dólares anuales a la economía mundial, más que los ingresos combinados de las mayores empresas del mundo.

El pensamiento feminista insiste en que el trabajo de cuidados debe ser reconocido, valorado y apoyado, mediante políticas públicas, infraestructura social y una redistribución justa de las responsabilidades entre mujeres y hombres, entre los hogares, el Estado y el sector privado. Solo así las sociedades podrán alcanzar una verdadera resiliencia y equidad.

Las iglesias reconocieron esta verdad ya a principios de los años 90, al calificar el trabajo reproductivo social no reconocido y no remunerado de las mujeres como una cuestión económica mundial fundamental. El estudio del Consejo Mundial de Iglesias sobre *la fe cristiana y la economía mundial actual* afirmaba: «Aunque este trabajo no es remunerado, es sin embargo un ingrediente crucial de la economía, ya que sostiene el tejido social y constituye la base de muchas actividades en el ámbito económico formal» (CMI, 1992:25).

El punto ciego de la ecología

Si la economía convencional es ciega al trabajo de cuidados, también lo es a la ecología. Esto es sorprendente, pero cierto. Ya se ha mencionado anteriormente que la propia palabra «economía» comparte su raíz con «ecología»: *oikos*, que significa «hogar» o «hogar». Ambas se refieren a cómo proveemos, mantenemos y compartimos nuestro hogar común, pero la economía dominante se comporta como si el mundo natural fuera infinito y se reparara a sí mismo.

Las mujeres y la naturaleza han sido tratadas de manera similar dentro de los sistemas económicos dominantes: invisibles, devaluadas y explotadas como «recursos» al servicio de la producción. Como observó la economista Julie Nelson (1995):

«La producción se define como aquella que tiene lugar utilizando únicamente factores de capital y mano de obra... Dar a luz y criar a los hijos, y cuidar a los ancianos y los enfermos, responsabilidades tradicionalmente femeninas, son, al igual que la naturaleza, demasiado insignificantes como para mencionarlas».

Esta mentalidad —que considera que tanto el «trabajo (de cuidado) de las mujeres» como la naturaleza son secundarios y «se cuidan solos»— ha llevado no solo al agotamiento social, sino también a un colapso climático y ecológico casi total. La infravaloración y la negación del cuidado y el aprovisionamiento diarios que realizan las mujeres, así como nuestra completa dependencia de los procesos biosféricos, son la raíz de las crisis actuales. Para construir una economía de la vida, debemos restaurar y afirmar la responsabilidad del cuidado y la interdependencia entre los seres humanos y los ecosistemas.

Economía feminista: exponer el poder y recuperar el valor

Las perspectivas feministas son fundamentales para construir una economía de la vida. El pensamiento económico feminista cuestiona los supuestos y las estructuras de poder arraigadas en el pensamiento económico tradicional. La economía dominante tiende a tratar los «factores de producción» y el «orden económico» como algo fijo y neutral, ignorando cómo el poder, los privilegios y la desigualdad configuran los resultados económicos. En realidad, el poder opera en todas partes: entre países ricos y pobres, entre el capital y el trabajo, y entre hombres y mujeres. Estas dinámicas, arraigadas en la historia colonial y las desigualdades sociales, determinan quiénes son los acreedores y quiénes los deudores, quién se beneficia del crecimiento económico y las exenciones fiscales y quién soporta sus costes, e incluso quién vive y quién muere. La Confesión de Accra denomina a estas dinámicas de poder «imperio». Las economistas feministas sacan a la luz estas fuerzas e insisten en que la economía y los economistas deben abordar cuestiones de justicia, ética y cuidado, y no solo de eficiencia y beneficios.

El análisis feminista también nos recuerda que la desigualdad nunca es unidimensional. El género se cruza con la clase, la raza, la casta, la edad y la orientación sexual, lo que da forma a las experiencias vividas y las oportunidades económicas de las personas. El poder opera a través y dentro de estas categorías, lo que exige que cualquier análisis de la justicia sea interseccional.

Ética y agencia

Igualmente importante es la dimensión ética del pensamiento económico feminista. Sitúa los valores morales —el cuidado, la equidad, la sostenibilidad y la dignidad— en el centro del análisis, la formulación de políticas y las acciones comunitarias. Para las feministas, la cuestión central no es simplemente *cómo hacer crecer la economía*, sino más bien: *¿qué decidimos valorar como sociedades? ¿Cómo organizamos nuestras economías para garantizar el bienestar de todos?*

Fe, justicia y economía de la vida

Las iglesias y las comunidades de fe tienen un papel fundamental que desempeñar en esta transformación. Las tradiciones religiosas nos recuerdan que la economía no es solo un sistema técnico, sino que tiene un carácter profundamente moral y relacional. Como subraya la Confesión de Accra, la economía de Dios, basada en el compartir radical y el cuidado de la creación, prevé *una vida abundante para todos*.

Nuestros recursos bíblicos y teológicos nos desafían a ampliar nuestra comprensión de la justicia, la reconciliación y la unidad para incluir a toda la creación, tanto humana como no humana. Hablar de la economía de la vida es, por tanto, hablar de la fe en acción: la búsqueda de sistemas que nutran en lugar de explotar, que restauren en lugar de agotar.

Reimaginar el futuro: la dona y la red de la vida

El concepto de economía del donut de la economista Kate Raworth y los enfoques poscrecimiento/decrecimiento captan esta visión de forma contundente. Aquí, el objetivo de la actividad económica es «satisfacer las necesidades de todos dentro de los medios del planeta». En lugar de economías que deben crecer para prosperar, necesitamos economías que nos ayuden a prosperar, crezcan o no.

Las comunidades indígenas reimaginan la economía en términos de relaciones interdependientes e interconectadas. Esta reimaginación integra la economía en la sociedad y en la Tierra viva, recordándonos que somos más que trabajadores, consumidores o propietarios de capital : somos cuidadores unos de otros y de nuestro hogar compartido.

Mantenerlo todo unido: justicia de género, económica y ecológica

A medida que avanzamos juntos en la Década Ecuménica de Acción por la Justicia Climática y en nuestra defensa ecuménica conjunta de una nueva arquitectura financiera y económica internacional —ya sea en la Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer abordando la violencia de género, en el FMI y el Banco Mundial pidiendo la cancelación de la deuda y la justicia fiscal, o en las Conferencias de las Naciones Unidas sobre el Clima exigiendo reparaciones y financiación climática—, debemos mantener unidas las tres dimensiones inseparables de la justicia: la justicia de género, la justicia económica y la justicia ecológica. No se trata de luchas separadas, sino de hilos entrelazados de un mismo tejido moral. Al igual que en la película *«Everything Everywhere All at Once»*, deben perseguirse juntas, en todas partes, en todo momento y en todos los espacios. Porque una no puede lograrse sin la otra.

Nuestra tarea, entonces, está arraigada en la fe y es estratégica: vivir, construir y dar testimonio de una economía de la vida, una que honre el cuidado, desmantele las desigualdades de género y de otro tipo, restaure la creación y traiga la vida en su plenitud para todos.